

DE EMOCIONES E INVESTIGACIÓN. REFLEXIONES A PARTIR DE UN SUCESO DURANTE EL TRABAJO DE CAMPO

DENISE ZENKLUSEN*

¿De qué manera nos involucramos durante el trabajo de campo? ¿Qué rol nos asignan nuestros interlocutores? ¿De qué modo se involucran nuestras emociones y capitales sociales en las relaciones que construimos? A partir de revisitar una situación acontecida durante el desarrollo de mi investigación, el propósito de este artículo es reflexionar sobre el papel que vamos ocupando los investigadores durante nuestro trabajo de campo y las diferentes posiciones que asumimos que, en ocasiones, desbordan nuestros intereses de investigación. En este sentido parto de la premisa que la figura del investigador no es algo dado y delimitado a priori, como una especie de uniforme que nos ponemos antes de ingresar al campo, sino que se va construyendo en la interacción con su objeto de estudio. Simultáneamente somos investigadores y personas insertas en redes de relaciones sociales, por medio de las cuales construimos vínculos e inevitablemente se involucran –por más que le pese a las ciencias más duras- subjetividades, emociones y sentimientos.

A partir de poner sobre la mesa una situación que transité realizando trabajo de campo, busco reflexionar y poder tensionar la tríada investigador – persona – interlocutores. Asumiendo así, no solo las complejidades que se me presentan a mí en la relación de investigador-persona, sino también las complejidades que se presentan entre investigador-interlocutor. Estoy convencida que la descripción también es un modo de explicación. Por ello, la decisión de transcribir por completo mi registro de campo se basa en el interés de que los lectores puedan transitar -y por qué no sentir- cada momento de lo que viví.

Con motivo de mis intereses personales de investigación¹ a finales de 2014 comencé a realizar trabajo de campo en un barrio ubicado en la periferia de la ciudad de Córdoba, compuesto en su mayoría por familias migrantes provenientes de Perú. Con el interés de reconstruir las trayectorias migratorias y laborales de algunas familias y de observar las relaciones de género y generacionales que se daban a su interior, comencé a visitar a varias familias del barrio. Fue con una de ellas, la familia de Cristina con quien construí un vínculo especial.

Un caluroso jueves de febrero fui al barrio a visitar a Cristina². Hacía ya varios días que no pasaba a saludarla y había quedado que iría a visitarla. Al llegar a su casa, a diferencia de otras veces, se encontraba Jorge, su marido. Me resultó extraño, ya que en las anteriores visitas no lo había visto y cada vez

* Licenciada en Comunicación Social (UNC). Maestranda en Antropología Social (UNC) y Doctoranda con mención en Antropología (UBA). Becaria del CONICET con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre la Cultura y la Sociedad (CIECS-CONICET-UNC). E-mail: denisezenklusen@gmail.com

[1] A finales de 2014 comencé a realizar trabajo de campo en el marco de mi tesis de Doctorado en Antropología. Desde una perspectiva etnográfica, mi investigación busca poder comprender las tensiones de género y generacionales que se dan al interior de familias migrantes peruanas residiendo en la Ciudad de Córdoba, a partir de la migración.

[2] Cristina es migrante peruana, llegó a Córdoba hace cuatro años junto con su pareja. En Argentina, tuvieron dos hijos, Martín de cuatro años y Emanuel de un año. Además de sus dos hijos, junto con ellos vive Naomi, hija de otro matrimonio de Jorge; quien arribó a la ciudad años después. Tanto Cristina como Jorge trabajan de la costura, contando en su casa con un talles donde poseen seis máquinas de coser.

que le preguntaba a Cristina por él, me respondía con evasivas. Me daba la impresión de que estaban peleados o distanciados. Sin embargo, sentía que era un tema sensible y que si Cristina me quería contar lo sucedido lo haría en su momento, por eso nunca pregunté demasiado al respecto.

Al ingresar a su casa, también se encontraba Naomi³, hija de Jorge, a quien desde el año pasado no la veía. Le pregunte cómo estaba y cómo estaba disfrutando sus vacaciones, a lo que me respondió: "vino mi mamá, estoy viviendo con ella", y me dio la sensación de que se veía muy contenta. Cristina se encontraba en el único dormitorio de la casa junto con sus dos hijos. Al saludarla la percibí angustiada, con los ojos llorosos e incluso hasta incómoda en mi presencia. Me dio la impresión de que había llegado en un mal momento, e incluso -sin saber por qué- me sentí incómoda. Conversé brevemente con Cristina, y me contó que al día siguiente, con las mujeres y vecinas del barrio, festejarían carnaval en la sede para los más pequeños: "vamos a hacer antifaces para que los niños pinten y vamos a jugar con agua. Si quieres, ven. Ojalá sea un día de calor. Va a estar divertido."

Estuvimos conversando un rato más pero no dejaba de sentirme incómoda. No sabía si indagar en lo que eventualmente hubiera ocurrido o no. Decidí retirarme, mi visita fue más breve en relación a otras veces que he ido. La saludé con un beso y quedé en ir al día siguiente para los festejos de carnaval. Antes de retirarme, saludé también a Jorge y a Naomi que se encontraban en la sala donde están ubicadas las máquinas de coser. Cristina y Jorge poseen un taller de costura ubicado en el espacio común de la casa. Allí cuentan con varias máquinas de coser que fueron comprando con el tiempo. Ambos se dedican a eso y en ocasiones, en temporadas altas, llaman a vecinos o parientes para que los ayuden con el taller.

Al otro día me dirigí nuevamente al barrio. Era una mañana lluviosa por lo que supuse que no se iba a festejar carnaval; a pesar de ello, decidí ir igual. Al asomarme a la calle principal del barrio veo a un grupo de mujeres reunidas frente a la casa de Cristina. Mientras caminaba pensaba que quizás las mujeres se encontraban allí esperando comenzar el festejo. La sede del barrio donde se iban a realizar las actividades se ubica en frente a la casa de Cristina. Era en la sede donde estaba programado pintar los antifaces que se pondrían los niños, colgar las guirnaldas y preparar los juegos. A medida que avanzaba y me dirigía hacia el grupo de mujeres, observaba que ellas movían sus manos, hablaban, gesticulaban pero aún no lograba escuchar que decían. Sin embargo, no observaba ningún indicio de que el carnaval hubiera comenzado, incluso siendo la hora programada para el festejo.

Al aproximarme al grupo de vecinas, me intercepta Mónica⁴:

"- Hola Mónica, ¿cómo estás? ¿Yyy... se hace el carnaval?" – le pregunto.

"- No, no, lo suspendimos porque llovía y hace frío." – me responde.

No lograba comprender entonces porqué estaban todas las mujeres reunidas ahí, paradas frente a la puerta de la casa de Cristina. Intenté buscarla entre las mujeres pero no la encontré. Inmediatamente mi incomprensión y curiosidad fueron más allá y le pregunte a Mónica:

- "¿Pasó algo?"

[3] Naomi, migrante peruana. Tiene 15 años es hija de otra pareja de Jorge. Llegó a Córdoba tres años después que su papá se haya instalado. Y comenzó a vivir en la casa con Jorge y Cristina. La relación de Cristina y Naomi siempre fue "tensa".

[4] Mónica es peruana, hace seis años que arribo a la ciudad de Córdoba. Vive junto a su pareja, Rubén, y sus dos hijas de 16 y siete años y un hijo de tres. Su casa se ubica en diagonal a la casa de Cristina. Mónica es ama de casa y su pareja trabaja en la construcción. Ella a diferencia de otras vecinas es quien más ha estado involucrada en las distintas problemáticas del barrio como la búsqueda de obtención de los servicios de agua y luz. Además, de la lucha por la propiedad de la tierra. Es a ella quien acuden los/las vecinos/as cuando tienen algún problema, y a la vez que se convierte en una especie de "mediadora" cuando aparecen conflictos entre vecinos.

A lo que, inmediatamente -y con evidentes ganas de contarme lo sucedido- respondió:

- “¡Siiii! Anoche vino Jorge con Naomi y su ex mujer, que llegó hace poco de Perú, y le comenzaron a pegar a Cristina. Le dijeron que se tenía que ir de la casa, que las máquinas [de coser] eran de él, que él las había comprado y que la casa era de Naomi. Cristina vino llorando a mi casa, pidiendo ayuda.”

No pude contener mi cara de sorpresa, y comprendí finalmente que mi sentimiento de incomodidad y la percepción de “la angustia de Cristina” del día anterior, se volvían explícitas ahora en palabras de Mónica. Pero ¿qué debía hacer yo? Una mezcla de sentimientos encontrados comenzó a recorrer mi cuerpo. Había llegado al barrio para festejar el carnaval que organizaron las mujeres y *ofrecer una mano* en lo que necesitasen, pero en su lugar me encuentro con una situación que me interpela dramáticamente; una situación que dentro de mis esquemas clasificatorios podía ser encasillada como violencia de género.

Sentía así como “el campo” desbordaba mis expectativas de festejar el carnaval, iba más allá de mis intereses de investigación y ponía en tensión el lugar que ocupaba como “investigadora”, mi condición de mujer y los sentimientos que despertaba tal suceso. Me comencé a preguntar qué debía hacer si es que debía o podía hacer algo al respecto. Bronca, impotencia y tristeza comenzaron a atravesar mi cuerpo, y el asombro no podía borrarse de mi rostro. Veía cómo las mujeres indignadas le gritaban a Jorge y opinaban acerca del tema: “lo tiene que dejar”.

En ese momento y ante mi desconcierto, Mónica comenzó a contarme la sucesión de hechos que derivó en que todas las mujeres se encontraran en la puerta de la casa de Cristina *dándole apoyo para que [Jorge] no se lleve nada*:

“Anoche llegó junto con su ex mujer y Naomi, entraron a lo de Cristina y le comenzaron a pegar. Cristina vino a mi casa con el Martín y Emmanuel, llorando. Se quedó un rato acá pero cuando se fueron volvió a su casa a dormir. ¡Ese Jorge! Yo le dije a Cristina que no lo perdonará, ya se había puesto violento otras veces pero bueno ella siempre *por los hijos* lo perdonaba. Pero ahora que está su ex mujer... se ha vuelto más pollerudo; de hecho la ha dejado a Cristina. No sé para qué viene ahora. Y esta mañana, vinieron los tres: Jorge, su ex mujer y su hija, y de nuevo le empezaron a pegar. La Cristina gritaba. Yo escuche pero el Rubén me pidió que no me meta, pero cuando volví a escuchar... ahí me levanté y fui enseguida. Los eche de la casa. Y bueno ahora estamos acá todas las mujeres esperando a que Jorge saque sus cosas y se vaya, para que no vuelva más”.

Al relato de Mónica, las mujeres iban sumando comentarios como “Cristina no tiene que dejar que se lleve nada” “las máquinas son de ella” “ella tiene que trabajar y dos hijos que alimentar” “esperemos que le pase comida a los nenes” “que Jorge agarre su ropa y se vaya” “lo vamos a echar nosotras sino” “que no se lleve nada”. Algunas de las mujeres se sintieron identificadas con lo que le sucedía a Cristina y comenzaron a relatar sus propias experiencias, o las experiencias de alguna conocida. Muchas de ellas, muy enojadas y a los gritos, remarcaron la importancia de que Cristina vaya a denunciarlo: “Cristina tiene que denunciarlo y pedirle una cuota de alimento, no puede irse así como así”, exclamó una de las señoras.

Las vecinas se encontraban afuera, como si estuvieran “custodiando” la casa de Cristina. Estaban allí esperando a que Jorge salga, se vaya y “no se lleve nada”. Estuvimos allí alrededor de dos horas. Mientras tanto, varios vecinos y vecinas que pasaban preguntaban qué había sucedido. Finalmente Jorge salió de la casa con un bolso y ropa. Además cargó dos máquinas de coser en su automóvil. Inmediatamente las mujeres ingresaron a lo de Cristina y me pidieron que entrara. Al ingresar la vi a Cristina con la cara llena de lágrimas, no sabía que decirle. Mónica con tono imperativo, se pronunció desde mis espaldas: “Tiene que ir a denunciarlo, tú Denise la puedes acompañar”.

Ante tal situación que me resultaba un poco incómoda, sin saber bien cómo debía actuar, me hice eco de su pedido. No obstante por un lado consideraba que era una situación muy íntima, y por otro no

sabía si Cristina quería que yo estuviera presente al momento de radicar la denuncia. Mis dudas y mi quietud me provocaban mucha angustia e impotencia, ya que nunca antes había vivido una situación parecida, ni realizando trabajo de campo ni en mi vida personal.

Cristina se encontraba con sus dos hijos. Al ver todas las mujeres en el interior de su casa comenzó a relatar lo sucedido la noche anterior y esa misma mañana. Cuando finalizó el relato, rápidamente Mónica volvió a decir: "tienes que ir a denunciarlo, no puede ser esto otra vez, Denise te va a acompañar, así que cámbiate y vayan". Las únicas palabras que salieron de mi boca fueron "Cristina si querés te acompaño, pero solo si vos querés, sino podemos ir otro día o te puede acompañar otra persona". Pregunté aquello porque tenía miedo de que no quisiera que la acompañe, y que se sintiera en la obligación de tenerme que decir que sí. Evidentemente las vecinas -mis interlocutoras- estaban ubicándose en el lugar de que debía ser yo quien acompañase a Cristina a hacer la denuncia. ¿Pero por qué, si anteriormente Cristina había decidido omitir de nuestras conversaciones que se encontraba distanciada de Jorge, ahora aceptaría que la acompañe?

Esta situación develaba nuevas aristas de mi propio trabajo de campo y del modo en que construía las relaciones dentro de él. El investigador no es el único que observa, clasifica y demanda confianza; sino que los interlocutores también nos interpelan, nos ubican, nos posicionan y nos demandan. Pues como plantean Guber, Milstein y Schiavoni (2014:57) "además de 'entregarnos' su confianza, como suelen plantear los textos de metodología, los informantes también demandan la nuestra". Y en este sentido, debía ser yo quien acompañase a Cristina.

Cristina dejó a Martín -el hijo más grande de cuatro años- al cuidado de una vecina, y cargó con ella a Emmanuel, el más chico de los dos. Comenzamos a caminar hacia la parada del colectivo para dirigirnos al Tribunal de Familia. Previamente Mónica se había contactado por teléfono con una joven abogada a quien conocía, preguntándole a donde se debería dirigir. La joven le indicó que vayamos al Tribunal de Familia y luego a la Secretaria de la Mujer. Ambos organismos dependen del Gobierno Provincial de Córdoba. Mónica me indicó más o menos cómo llegar, porque desconocía donde quedaban estos espacios; "igual Cristina sabe, porque ya fuimos ahí la otra vez que la acompañe yo" me dijo. En la parada del colectivo le pregunte a Cristina si quería que cargue a Emmanuel. La veía bastante agotada como para cargar un niño. Nos subimos al colectivo. Durante el viaje hacia el centro de la ciudad fuimos en silencio. Cristina me contó un poco la sucesión de hechos, pero a decir verdad no quería indagar demasiado porque no la veía muy bien a ella. Nos bajamos del colectivo y caminamos unas cuadras hasta el Tribunal.

Entramos al edificio y golpeamos la puerta en la oficina de denuncias. Mientras Cristina esperaba ser atendida yo me senté en un banco con Emmanuel en brazos. Al ratito abre la puerta un joven quien supuse que sería el abogado que tomaba las denuncias.

"-¿Sí? - dice el joven

-Hola. Vengo a hacer una denuncia - responde Cristina

-Sí, ¿qué le pasó?

-Anoche vino mi marido y me pegó. Y hoy volvió junto a su hija y su ex mujer y también me agarraron. Me hicieron esto - relató Cristina mientras mostraba con sus manos los rasguños que tenía en el cuello.

-Bueno, pero la amenazó con un arma, con un arma blanca, con un objeto, ¿con algo? Porque si no... ya le digo que vaya a hacer la denuncia a otro lado. Tiene que ir a la policía más cerca de su barrio. ¿Dónde vive usted? ¿Cuál es la policía más cerca?"

Frente a este comentario, levante la mirada. No podría creer lo que el joven le estaba diciendo a Cristina: *¿que se vaya a otro lado a denunciar?* Sin embargo, no comenté. Sentía que no me correspondía y además me estaba dando mucho enojo la situación. Cristina comenzó a explicarle:

-“Lo que pasa es que el colectivo que pasa por mi barrio me trae hasta acá. Yo me tuve que gastar dos boletos para venir hasta acá y me cuesta un montón. Si tengo que ir hasta la policía que me queda más cerca son más boletos y me es muy caro, no puedo pagarlo”

Se la veía a Cristina muy enojada, con la voz entrecortada y levantado cada vez más el tono, intentado explicar su situación. En ese momento me dieron muchas ganas de intervenir pero preferí no hacerlo, creía que quien debía explicar la situación era Cristina.

-“Yo no te puedo tomar la denuncia, tenés que ir a la oficina más cerca” - le volvió a decir.

El joven siguió explicándole lo mismo: que él no podía tomar la denuncia y que tenía que ir a otro lado. Dado que Cristina le seguía narrando lo sucedido -lo que le implicaba a ella trasladarse hasta allí- el joven se impacientó y la deja de mirar a Cristina. Acto seguido, se dirige hacia mí, que me encontraba unos metros más atrás con Emmanuel en brazos, y se pronuncia:

-“¿Vos entendés lo que le estoy tratando de decirle? ¿Vos me estás siguiendo la conversación?” - con un tono de voz muy enojado e impaciente, como si Cristina lo hubiese sacado de quicio.

Enseguida levante la mirada. No podía creer las palabras del joven. El abogado se dirigía a mí porque asumía que Cristina “no entendía” y que yo “iba a entender mejor” lo que le estaba diciendo. Inmediatamente le respondí:

-“Sí, te estoy entendiendo y ella también te está entendiendo. Lo que pasa es que no podemos creer que no le quieras tomar la denuncia. Es tu obligación” - le respondí.

Ambas sabíamos que el hombre tenía la obligación de tomarnos la denuncia. Horas antes habíamos hablado con la abogada que Mónica conocía y había sido ella quien nos dijo que fuéramos a esa oficina, que allí tienen la obligación de tomarnos la denuncia. Cristina continuó conversando con el joven y finalmente de muy mala gana y con todos los “peros” accedió a tomarle la denuncia: “yo te la tomo pero después sino puedes seguir no es culpa mía [...] acá el trámite es más lento, pero bueno te tomo la denuncia igual” fueron algunas de las frases en las que se excusaba el joven. En ese preciso momento, le suena el celular a Cristina, era la abogada que le preguntaba si había podido ir a hacer la denuncia:

-“Si vine a donde me dijiste, pero no me la querían tomar a la denuncia. Pero como estaba Denise, que es argentina (...)”

No solo había sido impresión mía, sino también de Cristina. Evidentemente mi presencia en tanto joven, argentina y de clase media había intervenido en la situación. Desde el momento en que el joven se dirigió a mí, diciéndome *¿vos entendés lo que le digo?* dando por supuesto que Cristina no estaba entendiendo y que no iba a entender, pude hacer explícito el trato desigual que estaba recibiendo ella.

Finalmente le tomaron la denuncia a Cristina, mientras ella realizaba el trámite yo permanecí afuera cuidando a Emmanuel. Cuando salió de la oficina, la acompañe hasta la parada del colectivo y nos despedimos. Había ido al barrio a las 9 de la mañana para festejar carnaval y me encontré con una situación completamente inesperada para mi trabajo de campo. Eran las seis de la tarde y me encontraba regresando a casa con muchas sensaciones encontradas y muchas cosas para pensar.

En principio la situación vivida con Cristina nada tenía que ver con mi tema de investigación. Sin embargo, fue tal el momento de angustia y de impotencia que atravesé durante ese día que me vi en

la necesidad de repensar lo sucedido. Comencé así a preguntarme por mi rol de investigadora, por el modo en que uno construye los vínculos durante el trabajo de campo, y cómo nos involucramos con determinadas situaciones. ¿De qué manera nos están observando y posicionando nuestros interlocutores? ¿Cómo se ponen en juego nuestras subjetividades y emociones? En este sentido me parece importante recuperar dos cuestiones: a) por un lado, la manera en que establecemos relaciones en el campo, y b) por otro lado cómo los sentimientos y emociones tanto del investigador como los de nuestros interlocutores se ponen en juego. Con todo lo dicho hasta el momento, se vuelve de suma importancia para una correcta reflexividad sobre la propia práctica etnográfica, tomar en consideración estas dos dimensiones.

Cuando trabajamos con personas construimos vínculos, relaciones que pueden ser más o menos cercanas, que pueden implicar diferentes grados de involucramiento y que en ocasiones desbordan lo exclusivamente académico. Nos relacionamos con otras personas que solemos definir como "nuestros interlocutores", "nativos" o "entrevistados" que aún a pesar de estas categorías, no deben ser asumidos como un sujeto a priori, estático y neutral.

Cuando comencé a ir al barrio, me presenté como estudiante de antropología interesada por conocer cómo vivían las familias peruanas que residían en la ciudad Córdoba. Sin embargo, y a pesar de las negociaciones de como quería ser reconocida como antropóloga (Guber; 2004), algunos de mis interlocutores me fueron ubicado en otros roles: *amiga, compañera*, la *chica de la universidad*, la *trabajadora social*. En ocasiones, cuando tenían algún problema con algún papel o trámite me preguntaban cómo solucionarlo o si conocía a alguien para que los/las ayude. La situación que viví junto a Cristina fue una muestra más del lugar en que me estaban ubicando mis interlocutores. Cuando aconteció el conflicto entre Cristina y Jorge, las mujeres del barrio consideraron que yo debía ser la persona quien la acompañaría, porque con mi presencia la iban *a atender mejor*.

Al mismo tiempo y en lo personal, me vi en la necesidad de acompañarla. Una mezcla de diferentes sentimientos que fueron desde la bronca e impotencia hasta la furia recorrieron cada momento de ese día. Bermúdez y Previtali (2014:19) realizan un llamado de atención en relación a esto: para las autoras "las maneras en que nos relacionamos con nuestros interlocutores rebosan el trabajo de campo mismo". Ese "rebotar" permite dar cuenta de un entramado social determinado, de un contexto político particular, que en ocasiones tiende a profundizar las fronteras entre "sociedad de antropólogos" y "sociedad de nativos" pero que también es importante recuperar "las integraciones, negociaciones, confrontaciones y vínculos que ocurren, en torno a valores como la amistad, madrinazgo, hermandad, entre otras" (Bermúdez y Previtali; 2014: 19). En este sentido, al tiempo que se produce una distancia entre antropólogos y nativos se construyen relaciones basadas en valores que permiten desdibujar esas distancias.

Así, establecemos vínculos estrechos e inevitablemente por nuestra propia condición de ser personas nos involucramos de manera íntima con quienes realizamos investigación, a pesar del esfuerzo que en ocasiones realizamos por desmarcarnos y ubicarnos en el lugar de "investigadores". Lo interesante del trabajo de campo es poder dilucidar el modo en que construimos esas relaciones sociales con los sujetos que estudiamos, el modo en que compartimos esa intersubjetividad, y para ello se requiere de un proceso de objetivación que permita no solo reconocer el proceso de compartir sino también requiere de la tarea comprensiva de pensar esa relación. Grimson (2004) en uno de sus textos se pregunta por la importancia de analizar la relación entre investigador y los sujetos que uno estudia. Frente a este interrogante afirma que la separación entre objeto y sujeto de estudio es prácticamente imposible, ya que quien estudia es parte de aquello que estudia, y por ello es importante considerar las acciones de quienes estudiamos para con nosotros "los investigadores".

Grimson sostiene que es necesario concebir al encuentro etnográfico como un proceso de interacción de actores sociológicos y por ello, como una situación objetivable que puede reflexivamente aportar elementos fundamentales para el conocimiento de los otros (Grimson, 2004).

Es por ello que debía analizar ese lugar que me fue asignado por las mujeres del barrio como acompañante de Cristina en ese momento tan crucial. A su vez, debía analizar por igual la sensación de im-

potencia y bronca que mantuve durante ese día. Comencé a preguntarme de qué manera podría incorporar y analizar aquello que sentimos durante el trabajo de campo. ¿Se desdibuja el rol del investigador cuando aparecen estos sentimientos? Nunca antes había vivido una situación similar. No conocía casos cercanos de violencia de género, a excepción de aquellos que en alguna ocasión me narró alguna vecina del barrio. Tampoco había visto anteriormente a las mujeres del barrio tan enojadas y repudiando por completo a un vecino, en este caso el marido de Cristina. En ese momento sentí empatía no solo con la angustia y tristeza de Cristina a la que vi muy vulnerable, sino también con el enojo de las vecinas. ¿Pero qué hubiese sucedido si en mi lugar hubiese estado un varón? Considero que la condición de género para problematizar tanto esta situación, como mis propios sentimientos al respecto momento fue central. Me arriesgo a suponer que de haber sido un varón la situación probablemente hubiese sido diferente. El adscribirme como mujer creo que fue clave para que las vecinas del barrio, aun siendo una persona desconocida para algunas, pudieran narrarme sus experiencias de maltratos cuando nos encontrábamos fuera de la casa de Cristina, pero también fue importante para que ella aceptara que la acompañase a los Tribunales.

En la manera en cómo yo me relacioné con ellas, pero también en la manera en cómo ellas se relacionan conmigo, y en el impacto que mi presencia genera en determinados contextos, está condensada cierta información que es necesario abordar. Mi presencia allí se sumerge en una red de relaciones sociales pero también culturales y políticas, y por tanto el modo en que ellas me ubicaron me estaba diciendo algo respecto de esas relaciones. La reflexividad nos obliga a pensar el modo en cómo construimos las relaciones con los otros y las consecuencias que esto trae. En ese momento no fui capaz de dilucidar que mi condición de mujer estaba también contribuyendo a la situación.

Por otro lado, creo que los sentimientos y emociones que viví, al tiempo que acompañaban también componían y constituían parte de la situación de campo. Así la angustia que me provocó el ver a Cristina atravesando un momento tan complejo, lejos de caer en una mirada miserabilista, también estaba hablando de mi propia historia de vida. Como mencioné previamente, jamás había presenciado antes una situación así, y de ahí que se nutriera también mi desconcierto.

El segundo momento de la situación de campo fue el de acompañar a Cristina a realizar la denuncia. Allí al igual que otras veces que acompañe a mujeres del barrio a tramitar su documento nacional de identidad⁵, volví a presenciar el maltrato por parte de los funcionarios que trabajan en esas instituciones. Esta situación al igual que en otras ocasiones me provocó mucho enojo, pero aún más desconcierto: cómo era posible que una mujer, quien acudía allí para labrar una denuncia por violencia familiar, pudiera ser maltratada de esa manera por los empleados de la institución. En las palabras de Cristina “estaba con Denise, que es Argentina” se vio cristalizado el trato por parte del joven abogado. Un trato que implicaba una mirada racializante y negativa⁶.

[5] Ver: Perissinotti, M. V. y Zenklusen, D. (2014). “De trámites, oficinas y papeles. Obtener el DNI en el marco de Ley de Migraciones N° 25.871. ¿Fácil para todos?” publicado en *Temas de Antropología y Migración*, N° 7, pp. 87-92. Allí narramos la travesía por diferentes instituciones al acompañar a una mujer, proveniente de Perú, para tramitar su DNI en la ciudad de Córdoba.

[6] La categoría de raza propuesta por Segato (2007) permite arrojar luz sobre esta situación. Siguiendo a la autora, entiendo a la raza como un signo que se inscribe en los cuerpos y que llevan la marca de ese “otro indio” y por tanto la huella de la subordinación. De este modo, podemos ver como ese signo no sólo se decodifica en el color de piel, sino también en este caso lleva la marca de ese no nacional, de esa mujer migrante, de esa diferencia de clase. Y en este sentido, hablar de una mirada racializante permite comprender la diferencia en el trato que realiza el joven abogado con Cristina (no nacional) y conmigo (nacional), pero también permite comprender la frase “estaba con Denise, que es Argentina”. En consonancia con el planteo de Segato, Margulis (1998) sostiene que en la Argentina las manifestaciones de exclusión, discriminación y rechazo están dirigidas a determinados grupos con ciertas características como “rasgos corporales (propios del mestizaje en América latina), origen migratorio (de países limítrofes o de provincias del interior), ubicación desventajosa en las posiciones de clase (pobreza, marginación, menores oportunidades), formas culturales (vinculadas con su origen la migratorio y también con la pobreza y la marginación urbana)” (Margulis, 1998: 47).

En esta situación encontré mucho más que una reconstrucción anecdótica y de enojo. Al analizar mi propio relato de un modo reflexivo, descubrí el lugar en que me estaban ubicando mis interlocutoras mujeres, cómo era que actuaban las vecinas frente a una determinada situación, pero también el modo en que ellas, se relacionan con el Estado -por medio de la Secretaría de la Mujer- y como el Estado por medio de los funcionarios trataba a estas personas. En este sentido, Guber, Milstein y Schiavoni (2014) entienden que es imprescindible la inclusión manifiesta del investigador en la producción de los datos. Esto es así porque la realización del trabajo de campo etnográfico "consiste, pues, en un tránsito controlado y cada vez más explícito desde la reflexividad socioculturalmente determinada del investigador a la de la población en cuestión" (Guber et. al., 2014:35). Por ello, siguiendo a Grimson (2014), la reflexividad resultó una herramienta metodológica indispensable, no tanto para comprender que es lo que modifiqué o transformé en el campo, sino más bien para intentar objetivarme a mí como investigadora, mis prácticas y mis recursos con el fin de comprender la intersubjetividad que conformamos en el campo (Grimson, 2014:70).

Para concluir creo que de alguna manera las emociones y los sentimientos que viví se entrelazaron con el compromiso y la empatía que sentía hacia aquellas personas. Porque en definitiva, los vínculos que establecemos en el campo no dejan de ser vínculos afectivos insertos en una red de relaciones sociales. Y en este sentido, reconocer mi propia reflexividad a partir de encontrarme con otras reflexividades en el campo, contribuyó a entender que las técnicas etnográficas "son contexto-dependientes y en sí mismas el camino de la investigación". (Guber et. al., 2014:58) Precisamente el mayor aporte que me produjo el poder narrar esta experiencia, es descubrir que las técnicas y el trabajo de campo en sí mismo no son una receta mágica, sino que es a partir de la experiencia, el transitar, los sentimientos, y desde las dudas que vamos construyendo y comprendiendo el campo, con los desafíos y periplos que este nos presenta.

BIBLIOGRAFÍA:

BERMÚDEZ, Natalia y PREVITALI, María Elena (orgs). 2014. Merodear la ciudad. Miradas antropológicas sobre espacio urbano e "inseguridad" en Córdoba. Córdoba, Ediciones IDACOR.

GRIMSON, Alejandro. 2004. "Pensar la Argentina. Aportes de la comunicación y el periodismo" En Revista Oficios Terrestres, N° 14, La Plata.

GUBER, Rosana, MILSTEIN, Diana y SCHIAVONI, Lidia. 2014. La reflexividad o el análisis de datos. Tres antropólogas de campo. En RosanaGuber (comp.). Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo(34-59). Buenos Aires, Miño y Dávila.

GUBER, Rosana. 2004. El Salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. BuenosAires, Paidós.

MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo. 1998. La segregación negada: cultura y discriminación social. Buenos Aires, Biblos.

SEGATO, Rita. 2007. La nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempo dePolíticas de la Identidad. Buenos Aires: Prometeo.